

Él empezó por poner en práctica su doctrina. Porque siempre «obraba, y luego enseñaba». ⁽¹⁾ Ahora bien, toda su vida deslizóse en la práctica de tres cosas que desgraciadamente sabemos apreciar muy poco, no obstante formar parte de los actos más heroicos de abnegación personal. Nos referimos al retiro, á la oración y al sufrimiento oculto. Y si fuese todavía capaz de sufrir, nuestra obstinación en no comprender estas tres cosas, que evidentemente constituyen el fondo principal de su vida, le causarían nuevos y crueles dolores íntimos.

Tal es, sin duda alguna, la primera razón por la que tan poco nos asemejamos á Él. Nos torturamos con duro trabajo, gemimos bajo el peso de cargas que nos hemos impuesto y que no podemos soportar; ⁽²⁾ y, no obstante, no conseguimos ningún resultado. Sembramos á millares buenas obras, y nada recolectamos; nos entregamos á numerosas prácticas de piedad, y permanecemos fríos; devoramos cuanto aparece en materia de invenciones piadosas, y no nos saciamos nunca. Y cuando creemos haber obtenido algún éxito, es como si lo hubiésemos echado todo en saco roto. ⁽³⁾

¿Qué hemos ganado con ello para nuestro interior? Helo aquí:

Al complacernos en nuestro celo, en nuestra severidad, en nuestra puntualidad, hemos alimentado y fomentado nuestro amor propio. Al desdeñar á los que no viven así, hemos herido á la caridad, y con ello hemos perdido el verdadero amor de Dios.

No todo depende de la austeridad de la vida ni de la multitud de acciones externas. Si fuese así, los obreros de las fábricas y los mineros irían muy por delante de nosotros en el camino de la santidad. Tampoco hace á uno santo la cantidad de ejercicios piadosos. Los derviches y lo lamas quizás nos son muy superiores desde este punto

(1) Act. Ap., I, 1.

(2) Matth., XXIII, 4; Luc., XI, 46.

(3) Deuter., XXVIII, 30 y sig.; Mich., VI, 15 y sig.; Agg., I, 6.

de vista, y, no obstante, no les envidiamos semejante ventaja.

Mas nosotros debemos superar al mundo en perfección interior y en esfuerzos para lograr la santidad. Jamás podremos hallarla únicamente en lo exterior. «Toda su belleza está en lo interior». ⁽¹⁾—hase dicho de la esposa de Dios.—«Marchad según el espíritu», ⁽²⁾—se ha recomendado á los cristianos—porque Dios es espíritu, y por eso «quiere verdaderos adoradores en espíritu y en verdad». ⁽³⁾ De lo interior, del espíritu, de lo más profundo del alma, debe difundirse la vida por las obras externas, del mismo modo que la savia por las ramas y las flores; de lo contrario, no llegan á su madurez.

Las virtudes interiores de fe, de humildad, de abnegación personal, de devoción, de piedad, y especialmente de caridad, ⁽⁴⁾ este hogar de la perfección, constituyen, pues, ante todo, la dote del cristiano. ⁽⁵⁾

Así es como los santos han comprendido la empresa principal de su vida, y así es como han obtenido tan magníficos resultados.

¿Por qué viven en continuo silencio? ¿Por qué tienen constantemente los ojos bajos? Porque llevan en su interior su mundo, sus relaciones y sus principales esferas de actividad. Allí, en su interior, tienen mucho que hacer, no consigo mismos, sino con el Espíritu Santo, que ha hecho de ellos su templo. Por eso parece á veces que no existen para el mundo externo.

Tal era la celda que Santa Catalina de Sena se edificaba en su corazón cuando sus padres le prohibían ir al templo. ⁽⁶⁾ Ángela de Foligno halló una semejante en su inte-

(1) Psalm. XLIV, 15.

(2) Gal., V, 16.

(3) Ioan., IV, 23 y sig.

(4) Rom., XII, 2. II Cor., IV, 16. Eph., III, 16; IV, 24. I Petr., III, 4. Thomas, 1, 2, q. 20, a. 4; 2, 2, q. 81, a. 7; q. 186, a. 7, ad 1. Olier, *Catéchisme pour la vie intérieure*.

(5) Greg. Magn., *Ez.*, 1, 10, 9. Thomas, 2, 2, q. 184, a. 1. Saint-Jure, *Connaissance de N. S. J. C.*, I, 1, ch. 2.

(6) Raimund., *Vita S. Cathar. Sen.*, 1, 2, (4), 49 (Boll.).

rior, en la cual no penetraban ni el ruido, ni los placeres del mundo, y en la que únicamente habitaba Dios. ⁽¹⁾

Santa Teresa, en su tan conocido libro, nos refiere de ese misterioso castillo cosas tales que nos muestran cuán extraños somos á nosotros mismos, y qué magníficos descubrimientos podríamos hacer en nuestro corazón, si quisiésemos tan sólo retirarnos seriamente á él. ⁽²⁾

Santa Isabel nos dice, por boca del poeta, á propósito de ese mundo maravilloso, por desgracia tan poco conocido:

«No es fácil referir las delicias que gustaba en él, el bien que en él experimentaba, los consuelos que Dios me daba en él, el rocío celestial que me inundaba. En él conocí las más maravillosas gracias, y pude contemplarlas secretamente con los ojos interiores». ⁽³⁾

En este íntimo retiro, Ida de Lovaina sentíase embriagada por la proximidad del Espíritu Santo, y tan llena de sus dones, que, olvidando momentaneamente el tiempo, la tierra y la existencia humana, consideraba como el reino de Dios el sitio en que se hallaba, abarcaba de un solo golpe de vista todas las épocas, no prestaba atención á las cosas de la tierra, y no comprendía cómo los hombres que estaban en torno de ella, no veían el interior del cielo á través de los techos y de los muros. ⁽⁴⁾

8. Verdadera y falsa contemplación.—Pero—se nos dirá—estos ejemplos muestran precisamente que semejante interioridad no es propia de esta vida. Estamos en el mundo; debemos vivir con el mundo y obrar sobre el mundo. ¿En qué nos convertiríamos, si nos sumergiésemos en la vida interior hasta el punto de olvidar por completo la exterior? Esto es bueno para los santos. Por otra parte, hay en ellos muchas cosas que son más dignas de admiración que de imitación. Pero, ¿mereceríamos perdón, si nos

(1) Arnaldus, *Vita B. Angelae Fulgin.*, 3, 82.

(2) Cf. Surin, *Catéch. spirituel*, 5, 4; 16, 7.

(3) *Leben der hl. Elisabeth* (Rieger), 5183 y sig.

(4) Hugo, *Vita B. Idae Lovan.*, 2, 1, 2 (Bolland. 13 Apr.).

decidiésemos á perder ó disipar nuestros talentos y nuestro tiempo en ociosas meditaciones?

He aquí, desnudamente expuesta, la manera corriente de considerar la vida contemplativa.

Cierto que, si en esto consistiese, merecería en parte el desdén con que se la gratifica de ordinario. Pero el mundo la juzga según él.

En efecto, difícilmente podríamos imaginarnos algo de más árido y repugnante que ese orgulloso menosprecio de la humanidad profesado por el estoicismo y el pesimismo, cuyos representantes se consideran como demasiado superiores al mundo miserable para rebajarse hasta él. No hay nada más horrible que ese sueño de las facultades predicado por el budismo oriental y el budismo europeo moderno.

Si alguien no ha aprendido á conocer la vida contemplativa bajo otra forma, y si ha tenido ocasión de observar la negligencia, tanto interna como externa, y la pereza en la vida moral, individual y pública, que entrañan estas tendencias, le perdonamos que sólo con horror y desconfianza oiga pronunciar las palabras *vida contemplativa*.

En efecto, semejantes deformidades son muy propias para hacer sospechosa é incomprensible la verdadera interioridad. Y, sin embargo, es de la más alta importancia la comprensión de la misma.

La falsa idea que el mundo se forma de la contemplación, no es otra cosa que puro egoísmo. ¿Qué me importa que se arruine el mundo, con tal que yo no tenga que ocuparme en él? He aquí su único principio, repetido hasta la saciedad desde Marco Aurelio acá. Sólo le preocupa una cosa: su caro *yo*. Este caro *yo* es estudiado sin interrupción ante el espejo; sólo en él se piensa cuando se escribe, y el boletín de su salud y de sus impresiones es comunicado diariamente al mundo por medio de los periódicos, de las memorias, de cartas innumerables.

Muy diferente de esta seca anatomía es la vida contemplativa religiosa y moral. Su objeto primario y más impor-

tante es, no el hombre, sino Dios. El que desea acometer las empresas más elevadas de la vida cristiana, se retira en el silencio y en el recogimiento interior, para aprender á conocer despacio y con seguridad las más altas verdades, únicas que difunden luz, así sobre los enigmas de la vida como sobre el último fin de la existencia. ⁽¹⁾

Sólo cuando este sol se ha elevado en el interior, replié-gase el alma contemplativa sobre sí misma, no para considerarse con extremado egoísmo, sino para reconocer ⁽²⁾ desde luego, á la luz de lo alto que la penetra, sus propios defectos y los obstáculos principales que paralizan su vuelo, y después, para trabajar en hacerlos desaparecer, y elevarse así gradualmente al amor de Dios por la práctica de todas las virtudes. ⁽³⁾

No es posible expresar mejor esto de lo que lo hace Mechtilde de Magdeburgo, una de las almas poéticas más hermosas que hayan existido nunca:

«¡Oh mi amado Jesús, oh Salvador mío! Os consagro esta hora en expiación de las miserias del tiempo y de los males de la cristiandad. Mi consuelo consiste en pensar que lo que os doy lo recibiré centuplicado. Lo único que os ruego que imprimáis profundamente en mi corazón, es la íntima convicción de que nada soy. Ayudadme á abismarme en vos y á olvidar el mundo».

«Purifica tu corazón;—respondióle el Salvador—hazte pequeña á lo exterior, y sólo así podrás vivir unida á Dios». ⁽⁴⁾

9. Contrariamente á lo que predicaba el quietismo, es la contemplación la más elevada actividad del espíritu.—Vemos ya por estas palabras cuán grande es el error de considerar la moderación de los sentidos ó de las facultades espirituales como un sueño estéril del alma ó como un goce sin provecho.

(1) Thomas, 2, 2, q. 179, a. 1; q. 180, a. 1.

(2) Thomas, 2, 2, q. 180, a. 2.

(3) Thomas, *ibid.*, q. 180, a. 1: a. 7, ad 1.

(4) Mechtild von Magdeburg, 5, 11.

Y, sin embargo, existe una tendencia que representa así la vida contemplativa: el quietismo.

Semejante error debería ser colmado de universal desprecio, por cuanto renuncia al más elevado privilegio humano, á saber, el uso de las facultades del alma. Pero, en realidad, ha ejercido siempre una atracción tan grande, como su pariente el estoicismo.

La razón consiste en que, por una parte, fomenta la pereza, y por otra, lisonjea agradablemente el orgullo del espíritu, dando á entender que puede uno elevarse muy cómodamente á una altura espiritual que no pueden alcanzar, á pesar de sus esfuerzos, los que no comprenden este secreto.

Tal es el motivo porque el neoplatonismo ha tenido y tiene siempre tantos adeptos. Halágalos con la perspectiva de ponerlos en un estado que, al hacerlos capaces de bastarse á sí mismos, los convierta en cierto modo en semejantes á Dios. Tal es el estado que adorna con el nombre de contemplación.

Según Plotino, el alma que ha llegado á este grado, no sólo olvida toda acción externa, sino que ya no piensa, y no empieza á gozar de esta sublime felicidad sino cuando ha renunciado á toda actividad intelectual propia. ⁽¹⁾

Así, pues, para ella, la más elevada actividad del espíritu consiste en una actividad inconsciente de la especie de aquella de que hablan Schopenhauer y Hartmann. Llegada el alma al grado de la contemplación—afirma Plotino—ya no tiene conciencia de sí misma. ⁽²⁾ Semejante estado, sólo es comparable á la embriaguez; de tal modo queda el alma privada de toda capacidad de moverse, de tal modo todo dormita en ella, así las pasiones como la inteligencia. ⁽³⁾

Desgraciadamente, este error ha sido introducido en la mística religiosa por los hesiquiastas, los iluminados y so-

(1) Plotin., *Enn.*, 6, 7, 35.

(2) *Ibid.*, 5, 8, 11.

(3) *Ibid.*, 6, 7, 35; 6, 9, 11 (Didot, 502, 36 y sig., 539, 9 y sig.).

bre todo por Molinos, ⁽¹⁾ y ha producido horribles estragos. No obstante, y guardada la debida proporción, ha tenido en ella menos éxito que en el dominio de la filosofía, en donde todavía lo hallamos.

Compruébase esto especialmente por la predilección que ciertas esferas manifiestan por el budismo, porque, sin duda alguna, esta filosofía es la que más lejos ha llevado el quietismo. En efecto, con su doctrina sobre el *nirvana*, —que trate de excusarla el que pueda— no sólo aspira á adormecer el alma, sino á ahogarla por completo.

Toda energía es poca para rechazar estos errores indignos del hombre, los cuales han sido condenados en todo tiempo por los teólogos y los místicos católicos. ⁽²⁾

Sin duda que la mística emplea también la palabra *sueño*, ⁽³⁾ y habla de la oración de quietud; ⁽⁴⁾ pero este modo sublime de orar es algo completamente distinto de lo que este error quietista entiende por él.

Para el quietismo, el sueño espiritual es un medio para llegar á la quietud, ó mejor dicho, un fin; pero para la mística cristiana, el llamado sueño del alma es, por lo contrario, un medio para lograr una actividad más elevada y segura, no la quietud de las potencias del alma, sino la quietud en torno del alma, á fin de que en manera alguna se perturbe el juego de sus potencias.

En este sentido habla la esposa del Señor cuando dice: «Yo duermo, pero mi corazón vela». ⁽⁵⁾

No es un sueño que adormece, sino un recogimiento que aleja las distracciones causadas por las cosas externas. ⁽⁶⁾ Este es el sueño que busca el alma, no para olvidarlo to-

(1) Molinos, *Propos. damn.*, I, 2, 4, 5, 9.

(2) Suarez, *Virt. relig.*, tr. 4, l. 2, c. 12; Anton. a Spir. S., *Myst. tr.*, I, d. 1, s. 3; Phil. a S. Trin., *Myst. disc. procem.*, a. 3; Schram, *Myst.*, § 275; Terzago, *Theol. myst.*, 77 y sig., 81 y sig., 88.

(3) Sandaeus, *Theol. myst.*, I, 2, *comment.* 6, *exercit.* 30, p. 537 y sig., Alvarez a Paz, III, l. 5, p. 3, c. 7.

(4) Sandaeus, c. 5, ex. 1, 2, p. 352 y sig.; Alvarez, III, l. 5, p. 3, c. 3, 4; Schram, *Myst.*, § 274 y sig.

(5) *Cant. cant.*, V, 2.

(6) Bernard., *Cant. cant.*, 52, 3.

do y olvidarse á sí misma, no para entregarse á la inactividad, sino para oír y entender mejor la verdadera sabiduría, que tan dulcemente habla en su interior. ⁽¹⁾

Este sueño dista, pues, mucho de hacer inactiva al alma, antes, por lo contrario, es el aumento más elevado de la actividad interior. Supone por parte del espíritu esfuerzos mucho mayores que los que el estado de vigilia ordinario es capaz de desplegar para la vida externa. ⁽²⁾ El espíritu se sustrae precisamente á las cosas de aquí bajo, á fin de poder ocuparse con mucha más libertad en las cosas eternas. ⁽³⁾ Y cuanto más perfectamente se desprende de las cosas exteriores, más fresco queda y mejor dispuesto interiormente. ⁽⁴⁾

10. Oración sin aumento de actividad espiritual y de virtud, es oración sospechosa.—Resulta de aquí que toda forma de vida espiritual que no vaya seguida de un aumento de actividad en las potencias del alma, y que, por consiguiente, no fomente la vida interior, es sospechosa, si no condenable. ⁽⁵⁾

Aplícase esto á todos los grados de la perfección, lo mismo á la vía purgativa que á la iluminativa y á la unitiva.

Ocorre á veces que alguien, sintiéndose llamado á desplegar su actividad en lo exterior, cree poder limitarse á vivir según las leyes de la moral y de la honestidad ordinaria. Esto es un error. La perfección le impone el deber de poner su inteligencia, su voluntad y su corazón al servicio de Dios. Si no lo hace, mucho hay que temer que todos sus esfuerzos sean poco apreciados por Dios.

(1) Augustin., *In Ioan. tr.*, 57, 3.

(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 5, 55.

(3) Gregor. Magn., *Cant.*, 5, 4. Paterius, *Cant.*, 13, 32.

(4) Gregor. Magn., *Mor.*, 5, 54; 19, 54.

(5) Que no se interprete mal esto, ni se abuse de ello. Una oración que adormezca interiormente y haga á uno inactivo, seguramente es falsa. Pero de esto no se sigue que el director, para probar el espíritu, interrumpa el estado interior de la oración y á cada momento, aun en la contemplación, imponga cualquiera actividad exterior. Esto, en muchos casos, producirá tan sólo una tortura inútil, tan inútil como si se obligase á un poeta ó á un pensador abstraído en su objeto á hacer repentinos cálculos, ó un discurso sobre el arte culinario. Cf. Poulain, *Les grâces d'oraison*, (4), 167 y sig., 182 y sig.

Por otra parte la perfección no dispensa en mayor grado la obligación de hacer esfuerzos espirituales, que la de vencerse y practicar la renuncia personal. La misma felicidad no es en manera alguna un estado de simple contemplación y de simple goce, sino que consiste en la actividad de los goces del alma elevada al grado más alto y completo, en la facultad de conocer, desde luego, y en seguida, en la de amar. ⁽¹⁾

Incontestablemente, la vida verdaderamente virtuosa y piadosa consiste en el uso de las facultades del alma y en la actividad de todas las potencias internas. ⁽²⁾

Nadie puede ignorar la influencia práctica de esta cuestión en apariencia puramente especulativa.

Los maestros de la vida espiritual no se cansan de hacer notar que nadie debe confundir la oración, ya como meditación ordinaria, ya como oración contemplativa, con la especulación puramente filosófica. Aun la penetración de las más elevadas verdades, que exigen únicamente la reflexión sin el concurso de la voluntad y del corazón, no es verdadera oración. Podrá darse á este ejercicio el nombre de especulación, de sabia investigación, pero jamás podrá calificársele de oración ó meditación. ⁽³⁾

Y con mayor razón, permitido es considerar como ilusión y pérdida de tiempo esa supuesta desaparición en Dios, gracias á la cual, el mismo espíritu no obra ya, sino que se deja simplemente dominar por el sueño. ⁽⁴⁾

Sólo lo que hace obrar al hombre, sólo lo que eleva al hombre completo á Dios y le ayuda á renovarse, merece el nombre de oración. Tales son los tres requisitos inseparables de ella.

(1) Aristot., *Eth.*, 1, 7 (6), 14, 15; 9, 9, 5; 10, 7, 7. Thomas, 1, 2, q. 3, a. 2 y sig.; *C. Gentes*, 3, 25-40.

(2) Aristot., *Eth.*, 3, 5 (8), 21, 22; 6, 1, 1 y sig.; *Magna Mor.*, 2, 7, 29 y sig. Thomas, 1, 2, q. 25, a. 2; 2, 2, q. 58, a. 1.

(3) Schram, *Myst.*, 555, 257. Godínez-Reguera, *Myst.*, I, 4, n.º 243 y sig. Rosignol., *Christ. perfectio*, 4, 21.

(4) Suarez, *Orat.*, 2, 12. Schram, *Myst.*, § 275 y sig. Anton. a Spir. S., *Myst.*, 1, d. 1, s. 3. Phil. a S. Trin., *Myst. proem.*, a. 3. Terzagó, *Theol. myst.*, 98 y sig., 100 y sig.

Según esto, fácil es juzgar si una especie de oración ó de vida espiritual es la verdadera, ó si es extraña al espíritu de Dios.

La oración que no tiene por objeto inculcar y afirmar las virtudes, no es verdadera oración. ⁽¹⁾

Lo que constituye la piedad no son ciertamente fórmulas piadosas, ni largas estancias en los templos, ni pensamientos elevados, ni ideas ingeniosas, ni maneras repelentes, ni suspiros y amargas quejas sobre las miserias de los tiempos. «Fácil es filosofar con palabras,—dice San Crisóstomo—pero no es tan fácil lo que únicamente puede realizar un corazón generoso, á saber, armonizar las grandes palabras con las grandes acciones». ⁽²⁾ «Cuando se trata de testimoniar amor á Dios,—añade el mismo Santo—no hacen falta palabras, sino obras». ⁽³⁾ «Á los ojos de Dios, una sola obra tiene más valor que numerosos milagros». ⁽⁴⁾

Lo mismo ocurre con la oración. La conducta indica ya la manera como se ora. El que no se hace más amigo del trabajo, más diligente en los sacrificios, más enérgico, no practica la verdadera oración.

Muchos buscan consuelos sensibles y sentimientos piadosos en este ejercicio. Es un error que puede serles funesto. Otros se preocupan de hallar en ella pensamientos elevados, y aun sueñan con visiones y éxtasis. Es también una ilusión personal. Mas sólo está en el buen camino, quien no busca otra cosa en la oración que fuerzas para luchar contra sus pasiones y malos hábitos, y valor para soportar sus sufrimientos y para practicar sus deberes.

No puede haber ilusión á propósito de una oración que hace á uno más celoso en combatir sus defectos y sus malas inclinaciones, más paciente con los demás, más infati-

(1) Thomas, 2, 2, q. 180, a. 1. Godínez-Reguera, *Myst.*, 1, 4, 246 y sig. Schram, *Myst.*, § 258.

(2) Chrysost., *In Ioan. hom.* 80 (79), 1.

(3) Chrysost., *In Ioan. hom.* 20 (19), 3; 75 (74), 1.

(4) Chrysost., *In inscriptionem Actuum*, 2, 3.